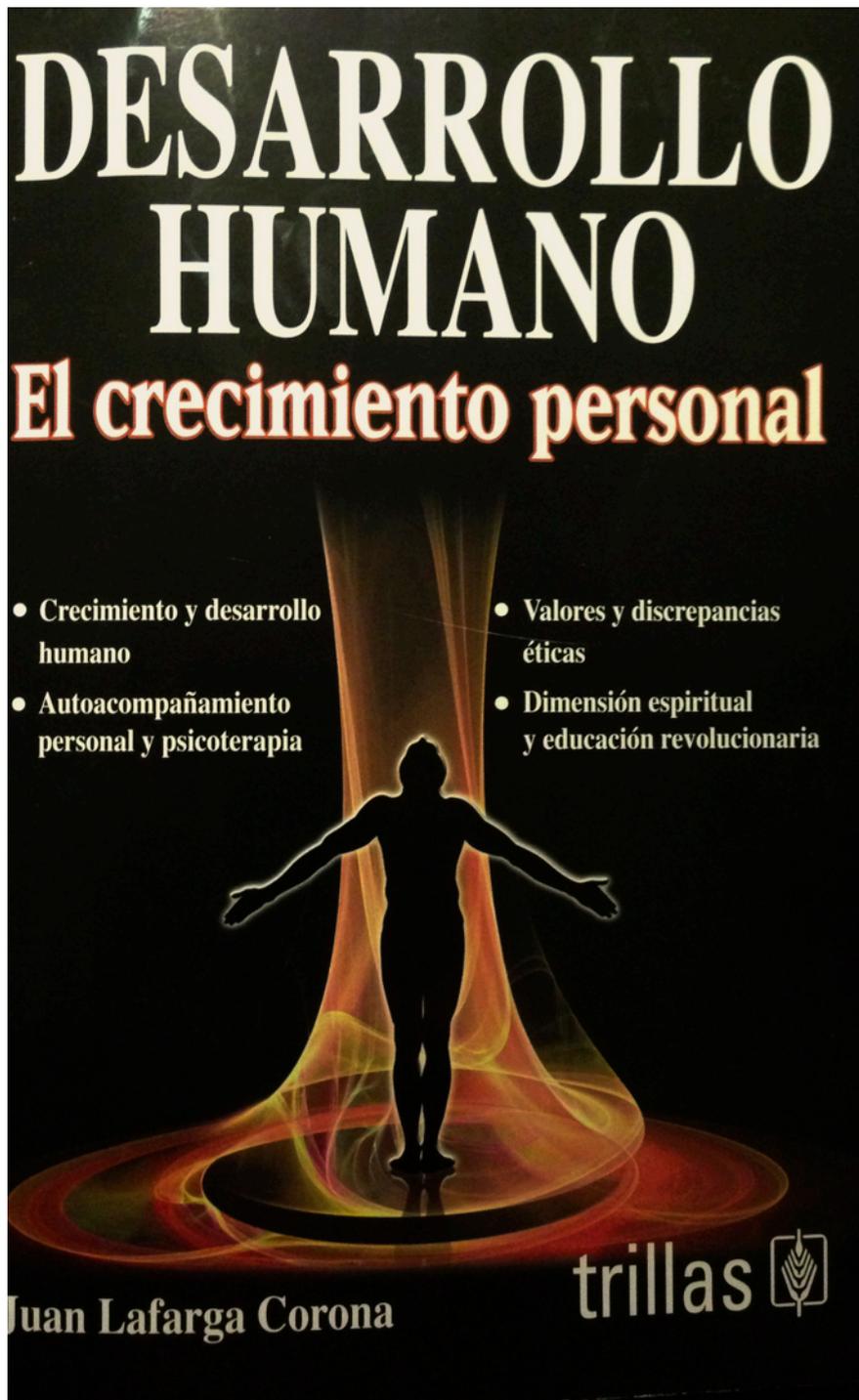
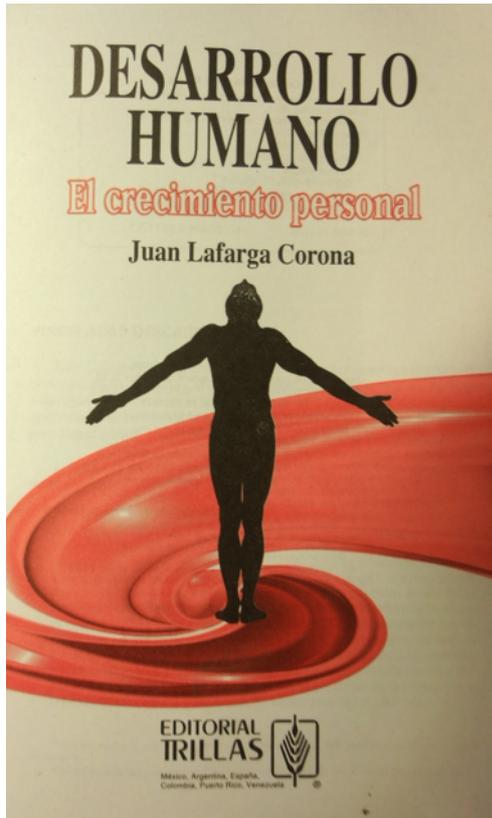


EL DESARROLLO HUMANO. EL CRECIMIENTO
PERSONAL



JUAN LAFARGA CORONA

AUTOR



CONTENIDO

Autor 127

Reseña por Mario Roberto González Lugo 130

AUTOR

JUAN LAFARGA CORONA

Maestro y doctor en Psicología Clínica por la Universidad de Loyola en Chicago (1967). Actualmente es Profesor Emérito de la Universidad Iberoamericana. Profesor e investigador de los departamentos de Psicología y Desarrollo Humano de la misma universidad y miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad de San Francisco en California.

Fue Director del Departamento de Psicología de la Universidad Iberoamericana (1981-1989) y fundador y Director del Departamento de Desarrollo Humano de la misma Universidad (1977-1991).

Director General de Estudios de Posgrado (1973-1977), Director del Centro de Orientación Psicológica (1966-1973). Director General Académico (julio a noviembre de 1996), Rector del Sistema Educativo Universidad Iberoamericana/ITESO (diciembre de 1996-agosto 1998), así como miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad de Loyola en Chicago (1987-1995). Secretario Ejecutivo del Consejo Nacional para la Enseñanza e Investigación en Psicología (1993-1997).



Fundador y editor de la Revista Enseñanza e Investigación en Psicología (1975-1984); fundador y editor de la Revista Mexicana de Psicología (1984-1990); fundador y editor de Prometeo: Revista Mexicana de Psicología Humanista y Desarrollo Humano (1992-1996). Coordinador del Programa Institucional de Investigación sobre Transformación y Cambio (1990-1996) y Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, primer nivel, (1991-1996).

Ha publicado ocho artículos que reportan sus propias investigaciones, en revistas nacionales. Fue editor y coautor de cuatro volúmenes del Desarrollo del Potencial Humano, Editorial Trillas, y ha publicado 36 artículos en revistas nacionales y extranjeras.

Ha recibido el Premio Nacional de la Sociedad Mexicana de Psicología (1987).

El Premio Jaime Castiello a la Promoción del Humanismo en la Formación del Psicólogo (1990). El Premio Internacional Empatía (1991). Premio del Consejo Nacional para la Enseñanza e Investigación en Psicología (1993).

Y la medalla de Oro José Sánchez Villaseñor al Mérito Académico en la Universidad Iberoamericana (1997).

Al parecer cualquier tipo de organismo tiene como impulso fundamental el crecimiento en función de la ganancia que se da en el ejercicio de las propias fuerzas del mismo para la satisfacción de sus necesidades. Esta es una tesis básica del libro *Desarrollo Humano* de Juan Lafarga.

La biología de los leones, esto es, la formación de sus células, órganos, etc., los determina para crecer, ser fuertes y capaces de matar para sobrevivir. Asimismo, el león, al igual que cualquier ser viviente, necesita de las condiciones elementales para sentirse vivo, rebosante o “libre”.

Todos conocemos casos en los que evidentemente, a causa de algún impedimento de la satisfacción de dichos



Dra. Graciela Mota con el Dr. Lafarga.

Reseña del libro: Desarrollo Humano de Juan Lafarga Corona

Roberto Gonzalez Lugo

deseos que debilitan el “impulso” de vivir del animal, éste presenta algún tipo de malestar psicológico, por decirlo de una manera. Los síntomas: balanceo constante de la cabeza, languidecimiento diario, estrés, etc.

En consecuencia, es claro que el animal requiere de unas condiciones ambientales que faciliten el despliegue de sus propias fuerzas, al grado que le permitan el ejercicio de su propio poder. En la medida en que el animal experimenta esto, se puede decir que está ejecutando su impulso fundamental traducido como crecimiento en función de su sobrevivencia.

No obstante, en el caso de los seres humanos, tal impulso hacia el crecimiento se dirige hacia la ganancia de la autonomía, como una forma de ser que lo haga capaz de satisfacer por sí mismo, tanto sus necesidades básicas (comer, etc.) como las que aparentemente no lo son tanto (afecto, prestigio, etc.).

La autonomía, cualidad esencial de lo humano, debido a no existe un animal espiritual, corresponde a lo infrahumano, ya que al no estar escindido de su determinante natural, no podría poseerla.

Cabe reflexionar en torno a las grandes problemáticas que sobrevienen al sugerir

varias preguntas: ¿Qué es la autonomía? ¿Es posible que surja tanto en un animal como en el humano? Y de haber una respuesta afirmativa, ¿Puede ganarse la autonomía, o ya de por sí, ésta es inherente en cada uno de nosotros? ¿Es la autonomía lo mismo que la responsabilidad? ¿Qué impediría la realización de esta autonomía en cada uno de nosotros? ¿Cuál es la función de la terapia en proceso de la ganancia de ésta? ¿Cuáles son las repercusiones en la sociedad del logro en vez de la del ser autónomo en los integrantes de ésta?

Derivados de su experiencia y estudio de la psicología humanista, especialmente la de Carl Rogers, estas y más preguntas, son las que aborda el texto del Dr. Lafarga, a partir de los múltiples conocimientos que a lo largo de su vida, integró junto con otros discursos de corte filosófico, psicológico y religioso. Mismos que en razón de sus aportes, le han permitido profundizar en el abordaje de los procesos de autonomía o humanización, sostenidos en su libro: “Desarrollo humano existencial”.

A continuación, mencionaré algunas de las tesis principales del libro, cuyas teorías en lo esencial coinciden con humanistas de

la talla de Martha Nussbaum.

Con una brillante y clara condensación, y al menos contemplación de grandes pensamientos a lo largo de la historia del estudio de la psique, el texto de Lafarga resalta problemas cuyas repercusiones deben ser consideradas seriamente entre otras, por la pedagogía, psicología, ética, política.

El texto por sí mismo representa un claro trazado hacia una especie de paradigma -siempre provisional, como declara el autor- fundando en eventos observables.

En el ámbito de investigaciones y estrategias de la terapéutica del “alma”, y especialmente la del humanismo y anhelo de significados revitalizantes capaces de enfrentar la crisis de los fundamentos éticos que como efecto han sobrevenido en la historia mundial, el libro sale a la luz

pública en forma más que oportuna.

La estructura de la reseña consta de de tres partes: I. La importancia de los procesos de integración de la experiencia en el hombre en su búsqueda de autonomía; II. La función de la terapia que en dicha integración; y III. Datos importantes sobre la gestación de la psicología humanista en México

Lafarga sostiene en buena medida que la psicología humanista, se concentra en el problema de la auto-imagen y dicho de otra forma, en el amor hacia el sí mismo. “En el organismo humano, esta imagen de sí mismo es en parte refleja y en parte consecuencia.

Puede estar asociada con sentimientos de estima y afecto o con sentimientos de rechazo. El medio social en que el niño nace y se desarrolla, es el factor determinante del tipo de sentimientos que éste asocia con su propia imagen (Lafarga, 2013, p. 29).”

Si un niño vivió en ambientes que lo hicieron experimentarse como un ser querido, se querrá por “reflejo” a sí mismo. Sentirá que es correcto ser él mismo y aceptará la demanda de sus propias necesidades.

En cambio, si este niño creció en ambientes hostiles, sentirá vergüenza y rechazo de ciertos aspectos de sí, pues se la ha enseñado que no está bien ser lo que él mismo es.

Incluso aquel humano que se formó en condiciones que le facilitaron el aprecio de sí, debe enfrentar el sentimiento de no sentirse lo suficientemente valioso - porque siempre habrá alguien mejor que uno- y difícilmente, se tiene el aprecio constante de los que uno quiere.

En consecuencia, tanto el que tiene alta autoestima como el que no, tiene la tendencia de ocultar aspectos de sí a la propia mirada o a la ajena, en función de la preservación de la propia imagen y estima.

La ventaja radica en comprender que este fenómeno deviene del proceso de crecimiento y/o autonomía, que se consolida como integración de la experiencia. Quien puede mantener una imagen favorable de sí mismo frente a una situación que limite sus deseos “es capaz de encontrar formas de superar dichas limitaciones y de convivir con las frustraciones y reacciones que éstas generan, y encontrar así satisfacciones compensatorias y pautas constructivas de conducta que mantienen y aumentan la estima propia (Lafarga, 2013, p. 32).”

Para Lafarga, el que se dé la posibilidad de ese movimiento de integración tan importante, tiene que ver con la propia imagen que se tenga de sí. Entre más se es capaz de tolerar lo que se oculta, y entre menos tiemblen las referencias de la auto-imagen en el encuentro con lo indeseado, mayores serán la posibilidades de apertura a la experiencia, de aprendizaje, y de autenticidad.

Sí hay crecimiento en la apropiación del carácter autónomo, aquél que niega las experiencias que le permitirían superar los propios miedos, está destinado a mantener relaciones de fuerte apego, y de tipo narcisistas; es decir, se mantendrá como un ser humano incapaz de aceptar que el devenir de la vida, con sus bajos y altos, está por encima de su voluntad.

Por tanto, este mismo niño no podría desarrollar su autosuficiencia, si por estar en

la guardería, no fuera capaz de aceptar la ausencia momentánea de sus padres.

Para recobrar las propias fuerzas y generar con actividades el sentimiento de la vida o expansión, el adulto tiene que superar la pérdida de un objeto de deseo, así como también, el de las distintas limitaciones ocasionadas por sus miedos.

En el libro Desarrollo humano, problemas como la conciencia, la construcción del self, la autoestima o la agresividad, son temas que se van a estar discutiendo a la luz de contrastar si en efecto, el ser humano tiene ese cierto impulso tanto hacia el crecimiento físico como al psicológico.

Este último lo caracteriza como autonomía y se mide en el carácter humano cuya “virtud” se ve más claramente en el enfrentamiento con situaciones indeseables, así como en la facilidad para extraer de dichas situaciones, las más posibles satisfacciones.

Y como todo esto tiene que ver con la línea central que articula el pensamiento del autor, el amor es el eje que será tematizado siempre y en todos los capítulos: “Tal vez el proceso de crecer a través de la experiencia psicoterapéutica, pueda describirse como pasar del narcisismo a la experiencia del amor (Lafarga, 2013, p. 231).”

En este sentido, cabe mencionar que Nussbaum afirma que aquellos que han logrado tolerar la realidad del deseo ajeno - satisfaga éste o no el propio- tienen ya una

vivencia menos narcisista o inmadura del amor: “El amor es entendido de modo creciente en términos de intercambio y reciprocidad, antes que de fusión narcisista y anhelo colérico de control; el yo es comprendido de forma creciente y es aceptado como humano, incompleto y parcial, en vez de como completud grandiosa y exigente (Nussbaum, 2006, p. 223).”

¿Si no es con la capacidad de integración de la experiencia, cómo lograr entonces, esa tolerancia frente a cualquier representación indeseada que conlleve la disminución de un sentimiento de propia valía?

El amor, experiencia fundamental del hombre, podría vivirse más plenamente, en razón de la capacidad para aceptar revelar al otro lo que se consideran las propias faltas. ¿Por qué no generamos con facilidad esa intimidad? ¿Qué impide experimentar este amor que potencializaría el

crecimiento personal y el ajeno? ¿Por qué ese “anhelo colérico de control” tanto sobre uno mismo como sobre el otro? Lafarga insistirá a lo largo de las páginas, que esos movimientos de ocultamiento, están arraigados en miedos por la pérdida de la autoimagen. Aunque parezca que el deseo de poder finalmente tenga como objetivo la suspensión de ese miedo.

I. El marco teórico que Juan Lafarga denomina como “Desarrollo humano”, se definirá como relación entre el impulso del crecimiento y la búsqueda de autonomía: Como un concepto más amplio que abarca todas las teorías y todos los sistemas prácticos para promover el crecimiento personal de los individuos, las parejas, las familias, los grupos y la sociedad; el desarrollo humano desde cualquier perspectiva conductual, psicoanalítica, gestalt y demás paradigmas psicológicos, sobre la base de que el desarrollo humano

radica en la proyección del enfoque centrado en la persona que ya se dejaba ver, en forma latente, desde sus primeras formulaciones, hasta convertirse en una disciplina científica profesional (Lafarga, 2013, p. 112).

Mediante el enfoque centrado en la persona de Carl Rogers, El autor dedica un cuarto capítulo para estudiar el enfoque histórico, y las etapas del desarrollo de este enfoque -propuesto y mejorado paulatinamente por Rogers- donde se abordan temas que aluden a las dificultades que acontecen con la emergencia de este tipo de teorías.

Sobre todo, dadas las condiciones en que se encontraba la psicología académica en los comienzos de la segunda mitad del siglo XX.

De la naturaleza de la relación médico y/o terapeuta-paciente, los ambientes más facilitadores para el auto-conocimiento, y en fin, las características

epistemológicas generales de esta teoría, sobresale una importante característica en relación a las cuestiones sobre el ¿cómo tiene que ser la relación del terapeuta con el paciente?

Cuando [la persona] se siente rodeada de una actitud positiva incondicional, cuando siente que su experiencia, su comunicación y su conducta no sólo merecen, sino que también reciben genuino aprecio de su facilitador, los recursos de esta persona en el presente, se van movilizando para hacerla crecer en su autoestima y para ampliar el ámbito de su conciencia. El autor establece, entonces, pautas más constructivas de funcionamiento y, lo más importante, siente hacia sí misma y hacia los demás, la actitud positiva incondicional que está experimentando en esta nueva relación... porque...la introyecta e internaliza en la manera de

aprender a quererse a sí mismo, no como sería bueno que fuera, sino como realmente es! (Lafarga, 2013, p. 146).

En consecuencia, el terapeuta educado en el enfoque existencial humanista, deberá facilitar un ambiente en el cual el paciente pueda recobrar la sensación de estar bien consigo mismo, y con todo lo que eso implica: la tolerancia a emociones, pensamientos, objetos o personas, etc.

“Sólo se recupera la autoestima y se amplía el auto-conocimiento a través de otra relación que promueva y facilite el encuentro amoroso con uno mismo y la opción por el único camino, único e irrepetible, que es el propio (p.43)”.

Una de las líneas de estudio más importantes que marca el autor, es que se ven en la mayoría de los

capítulos, discusiones y soluciones que se han dado en torno a ¿cómo tiene que ser la presencia del analista frente al paciente?

para que éste pueda comenzar a ganar confianza en sí mismo a partir de la convivencia con lo que comúnmente, le resultaría desagradable.

En este sentido, y con reservas respecto a la aproximación de ambas teorías, Winnicott, partícipe de la idea de que “únicamente aprendemos a estar solos en presencia del otro”.

Plantea que “estar solo es verse como uno es, o al menos acercarse a eso; en otras palabras, es desnudarnos frente a la mirada del otro, la cual quizás finalmente sería la mirada de nuestra propia conciencia”.

Otro de los temas destacados de la terapia

humanista, es el cómo lograr que el paciente genere sentimientos de responsabilidad de una forma más eficaz. “¿Qué entiendo por asumir la responsabilidad de la propia vida? Responder conscientemente a las propias necesidades, sentimientos, significados, experiencia, historia, recursos, limitaciones y errores, así como a la calidad de persona diferente, única e irrepetible que cada uno es (Lafarga, 2013, p. 44).”

Más allá de la problemática de la libertad – misma que el autor dedica varias páginas-, es observable que conforme el individuo va adentrándose en el ejercicio del autoconocimiento, comienza a experimentar los sentidos de responsabilidad en relación a sus sentimientos, pensamientos y reacciones. Obviamente, a partir de estas bases, se hace mucho más fácil la disponibilidad

del paciente para integrar sus experiencias.

En líneas generales, estos son algunos de los temas centrales de la teoría del desarrollo humano existencial y del enfoque centrado en la persona, que en la indagación del Dr. Lafarga, rica en análisis y referencias bibliográficas, como autor y protagonista, alumbró temas como el del México contemporáneo,



La crisis mundial, la ética o teoría de los valores, la dimensión espiritualidad, las relaciones sociales, la violencia, la epistemología, etc.

Con cierto aire optimista el autor afirma que, dadas las condiciones y

fenómenos sociales contemporáneos, efectos de una mayor educación en los hombres y mujeres, repercuten positivamente en individuos más humanizados: más abiertos al diálogo, a la empatía, y a la aceptación de las diferencias. ¿Es la educación quien abre horizontes intelectuales y emocionales, para generar sentidos de responsabilidad y tolerancia?

Parecería que a lo largo de este cuidado y amoroso texto, el autor deja ver que sí. Y con esto, deja ver entre líneas, que la relación entre ese impulso hacia el crecimiento inherente al humano, y a su mancuerna “la tolerancia a la turbación de la emocionalidad”, serán los nutrientes del siglo XXI.

Éste menciona el autor, será un siglo diferenciado de los otros por la intensidad de la búsqueda espiritual.

¿Qué sería lo espiritual sin esa entrega a la búsqueda de aceptación o integración de lo que se concibe como propia imperfección? “A pesar de las oscuridades del presente, nuestra cultura parece estar al borde de un gran movimiento revolucionario – evolucionario inminente (Lafarga, 2013, p. 238).”

III.

Otro tema importante abordado en el libro, es el de la gestación de la teoría de Carl Rogers, así como de la del Desarrollo Humano en México. El autor expone cómo en la segunda mitad del siglo XX, poco a poco fueron acercándose las teorías de Carl Rogers al contexto universitario en el que se encontraba la psicología en México.

Tal enfrentamiento, que se vivió fundamentalmente en la universidad Iberoamericana, surgió entre psiquiatras que aplicaban con rigor el psicoanálisis en sus consultas, y psicólogos que en ese entonces, eran vistos como actores de la salud psíquica, rango inferior a los primeros.

El autor cuenta en las páginas de su libro que al ser el precursor de estas teorías en México, él mismo vivió en carne propia el choque que progresivamente y hasta nuestros días, se iría disminuyendo. Como dice el autor, en definitiva, este tipo de aperturas académicas a teorías que indudablemente no carecen de rigor en sus investigaciones, es más que saludable.

No sólo para el ámbito académico, sino también, para la sociedad en la que recaen finalmente las aplicaciones de aquellas.



Actualmente, las teorías del desarrollo humano resultan tan cercanas al ámbito académico, que este año 2013, una de las Facultades de psicología de la UNAM, integrará oficialmente a su programa de estudios, materias que abordan el Desarrollo humano existencial promovido intensamente por el Dr. Lafarga a lo largo de décadas.

Volver a señalar la importancia de este enfoque como lo relata con sencillez y agudeza de experto el libro Desarrollo humano, después de las duras críticas a las éticas idealistas que que revelaban a un humano corpóreo, agresivo y ausente de

estructuras universales de comportamiento, expuestas con claridad desde el siglo XIX, es más que oportuno. La cuestión retorna porque continúa vigente con todo y ese “cuerpo” que da lugar a las diferencias que prevalecen entre cada ser humano. ¿Sería posible determinar cualidades en la que posibiliten encuentros creativos naturaleza humana – en el sentido abordado por Lafarga- y de uno consigo mismo, de parejas, grupos, comunidades, y humanidad?

Aunque el hombre moderno ya no confíe en la religión, ni en la ciencia, ni en la filosofía, ni en algún sistema de creencias, puede encontrar una base para valorar orgánicamente dentro de sí mismo. Ésta lo lleva a estar en contacto con un sistema preferencial orientado hacia la salud, el bienestar y la armonía en el universo (Lafarga, 2013, p.193).

En definitiva, y en relación con los sabios griegos que ya indicaban que las emociones también tienen inteligencia y susurran cuestiones decisivas para nuestra vida, posturas como las de Juan Lafarga invitan a pensar el cómo de esto, así como el que movimientos, ya observables con rigor empírico, de narcisismo (cerrazón del ego, intolerancia a la experiencia, etc.) – y compasión (tolerancia e integración de la experiencia, apertura a la vulnerabilidad propia y ajena, crecimiento, etc.) constituyen universales relevantes para el florecimiento de lo humano. En este

sentido, si el movimiento individual de desistimiento del narcisismo, puede encaminarse hacia lo que Lafarga explica como desarrollo humano, estaríamos hablando de que evidentemente las ciencias del espíritu han de centrar su atención en este punto de partida, con vistas a la creación de conocimientos y nuevos saberes, con aplicaciones sociales.

Bibliografía

Lafarga Corona, Juan. (2013): Desarrollo Humano. El crecimiento personal., Ciudad de México, Trillas.

Nussbaum Martha. (2006) El ocultamiento de lo humano: repugnancia, vergüenza y ley [Traducción de Gabriel Zadunaisky]. Buenos Aires/Madrid, Katz editores.

